

«cuanto menos os podemos declarar la buena gracia y las encendidas entrañas de su caridad con que Ella los recibía?... ¿Con qué ojos miraba la Virgen bendita aquella gente convertida a la fé de su Hijo, que a ella venía, pues había amado tan de Corazón la salvación de sus ánimas... que porque ellos tuviesen el bien que tenían y viviesen en gracia .. Ella ofreció a la muerte de cruz a su Hijo unigénito?... Alababa a la divina bondad, daba gracias por los bienes hechos a ellos, y salían de sus ojos lágrimas dulces, sacadas de la ternura de su Corazón, y ningún trabajo le parecía pesado...para recoger aquel ganado que entendía que el Señor le enviaba para que lo apacentase en la gracia del Señor.. Porque lo que su Esposo e Hijo había ganado en el monte Calvario, derramando su sangre, Ella lo guardaba y cuidaba y procuraba de acrecentar como hacienda de sus entrañas, por cuyo bien tantas y tales prendas tenía medidas. ¡Dichosas ovejas que tal Pastora tenían, y tal pasto recibían por medio de Ella! (98)

Y ya vimos antes, que, aun en el cielo, muestra la Virgen solicitud y cuidado por nuestro bien, porque—dice Ella—«tengo hijos en el mundo la salvación de los cuales deseo con muy amoroso y natural Corazón». (99)

No es tan rica la doctrina del Beato acerca de la realeza de María, como lo es sobre la Corredención o Mediación; pero sería imposible recoger las incontables veces que la saluda con el nombre de «Señora». Recordemos, en cambio, un pasaje en que más expresamente alude a su realeza.

Los santos del cielo reclamaban a la Virgen cuando vivía aún en la tierra, y decían al Señor, para que la subiera a la gloria:

«También desea toda esta vuestra corte tener consigo a la Reina; porque reino sin Reina y casa sin la señora de casa, parece que no está perfecto, que le falta persona tan principal...»

Recuerdan a Dios cómo oyendo la oración y lágrimas de Ezequías, le mandó al profeta que lo consolase (4 Reg., 20, 5), y le piden que

«así ahora, mirando las lágrimas y oyendo la oración de nuestra Reina y Señora, mandes a uno de nosotros que le vaya a dar la buena nueva del cumplimiento de su deseo...»

anunciándole el fin de su mortal carrera.

(98). Asunción de la Sma. Virgen María (II), nro. 8, D.; vol. II, pág. 845.

(99). Véase el texto citado en la nota 57.